

*Los que encontré
en el camino*

JUAN ALCOVER

por Camilo Geis, pbro.

Viva en mi recuerdo se yergue la figura próspera del gran poeta mallorquín Juan Alcover: como si todavía la viera en magnífico fondo de fiesta literaria en el Teatro Principal de Gerona.

Actuaba el inspirado vate de Mantenedor-Presidente, en dicho teatro gerundense, en la tradicional fiesta dels «Jocs Florals de Girona» de 1922, que se celebraba, año tras año, en la fiesta de Todos los Santos. Decir que el teatro estaba abarrotado de gente, no es, en nuestro caso, ningún tópico. Como tampoco lo es decir que el inmenso gentío escuchaba con religioso silencio la voz autorizada del poeta, en el magistral discurso, rebosante de humanidad, en el que denunciaba el deplorable divorcio que se iba operando entre los patriarcas de nuestro renacimiento literario y las novísimas promociones «novecentistas»; el silencio, la indiferencia y hasta el menosprecio con que estos vejaban a los otros; de cuya vejación no se salvaba ni el propio Verdaguer que, con broche de oro, cerraba el desfile de una generación heroica, roturadora de un yermo que, a la sazón, empezaba a ser un prometedor vergel. En resumidas cuentas, el poeta se levantaba como un juicioso conciliador de ambas generaciones enfrentadas. Su obra poética responde — tal vez sin proponérselo — también a su credo literario. Entre Verdaguer y Carner encontramos un puente: Alcover.

Aquella solemne denuncia del poeta continúa teniendo su vigencia: la historia se repite, y mucho me temo que haya pasado a ser un mal endémico en nuestra colectividad y que sus co-

rredores efectos continúen incapacitándonos para muchas y muy nobles empresas colectivas.

La calidad y la presente vigencia de aquella disertación, leída en el pleno auge «novecentista», puede comprobarlas cualquiera que abra en la página 307 las «Obres Completes» del ilustre escritor, publicadas en 1951 por la «Biblioteca Perenne», con prólogo de Miguel Ferrá y Juan Pons y Marqués y con nota bibliográfica del segundo.

Juan Alcover y Maspons nació en Palma de Mallorca, el 3 de mayo de 1854, y murió, en la misma ciudad, el 25 de febrero de 1926, cuatro años después de su profunda disertación académica en los «Jocs Florals de Girona».

Alcover, jurisconsulto, funcionario judicial, hizo una breve incursión en la política, y, hasta, impulsado por su gran amigo Antonio Maura, llegó a ser Diputado a Cortes. Pero pronto dejó los quehaceres políticos para librarse, después de sus obligaciones profesionales, a las bellas letras, en las que tanto sobresalió y en las que encontró la humana inmortalidad.

Empezó escribiendo en castellano, pero, un buen día, el dolor por la muerte de unos tiernos e idolatrados hijos le empuja a buscar consuelo en lo más hondo de su alma, y en su santuario interior oye, irresistible, la voz de la tierra que ha sepultado a sus seres queridos. Y empieza a condolerse con el acento que yo llamaría «mairal», más que «pairal» adormecido en los pliegues del subconciencia.

Sus poesías, castellanas y catalanas, han sido recogidas en el antedicho volumen de sus «Obras Completas». Cualquiera puede darse cuenta de la superioridad del poeta cantando en la lengua de Ramon Llull, su antiguo coterráneo de fama universal. No es extraño, pues, que, cuando se habla de Alcover, se piense en sus alegrías y en sus poemas religiosos, en su «Cap al tard» y en sus «Poemes Bíblics».

Cultivado políglota, tradujo Víctor Hugo, Carducci, Schiller, Leconte de Lisle...

Disertó acá y acullá, en discursos y conferencias, principalmente sobre literatura y arte.

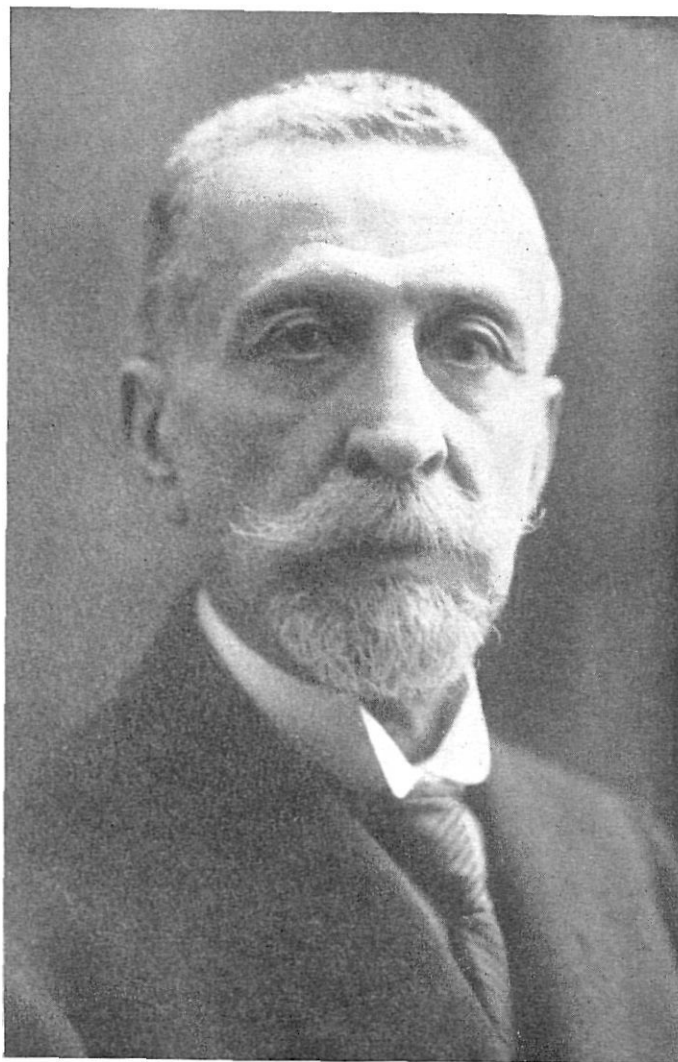
Quien quiera conocer la bibliografía del insigne vate, que recurra a las anteriormente citadas «Obras Completas».

Mantuvo relación epistolar con muchos literatos, viejos y jóvenes, de su época. Precisamente, en 1964, la «Editorial Barcino» publicó un nutrido epistolario, con el título de «Contribució a l'epistolari de Joan Alcover», transcrito y anotado por Miguel Gaya y prologado por Octavio Saltor. Entre las cartas en este libro registradas, encontramos 2 dirigidas al cultísimo poeta gerundense, injustamente preterido José Tharrats. Este volumen, con apreciada dedicatoria, me fue ofrecido, como regalo navideño, en el mismo año de su publicación, por mi buen amigo Pablo Alcover, hijo del poeta, que rinde entrañable culto a la memoria de su padre.

José M.^a Llompart, en una, por muchos conceptos interesantísima conferencia, pronunciada en el «Círculo Mallorquín» de Palma de Mallorca, el día 17 de abril de 1964, y publicada en el mismo año, con el título de «Joan Alcover. (La historia d'un home)», estudia el ambiente político-social en qué se desarrolló la vida y se manifiesta la obra del poeta. En algo no andaríamos de acuerdo. Llompart, al adentrarse en la vida y la obra de Alcover, obedece a la orden del día, que consiste en clasificar los poetas en burgueses y proletarios. (Esto sucede hasta cuando no se dicen las cosas por su nombre). Que si Maragall era un burgués, que si Carner también... Ahora Llompart pone también a Alcover en la clasificación.

No podemos negar que el ambiente, más o menos fácil, en qué se desenvuelve la vida del artista puede influir en la cantidad, en la calidad y hasta en la temática de su obra. Pero ¿qué tiene que ver lo político y lo social con el amor a la novia, a la esposa, a los padres y a los hijos, y con el dolor por la pérdida de uno de estos seres queridos? ¿Y la contemplación de un bello espectáculo de la naturaleza asequible a todos los bolsillos? Y tantas otras cosas...

Yo he visto, de viaje en autocar, a gente muy sencilla, hablar con emoción de una magnífica



puesta de sol, que se deslizaba ante nuestros ojos, mientras grandes comerciantes la contemplaban impasibles — no sé si contemplar es exacto en esto de pasear los ojos por los vidrios de una ventanilla — y no cesaban de hablar de sus negocios.

Mucho se podría hablar sobre este tema. No hago más que insinuarlo. Hace muy pocos años, la poesía era considerada como una evasión de un mundo más o menos malo. Ahora ha de ser, según críticos más o menos también burgueses, manifestación de rencor y de protesta...

El humanismo tendía a considerar al hombre «total»; un «neohumanismo» tiende ahora a considerar al hombre «parcial» y — por lo de la «clase» — «clasificado», «etiquetado»...

Todo esto y mucho más se me ocurría al leer la citada conferencia. Me he limitado a estas insinuaciones para acabar diciendo que considero la poesía de Juan Alcover muy por encima de toda «clasista clasificación».